

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL 2006

PONENCIAS EN
SANTIAGO I

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL / N° 24 / 2006



SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL



ANUARIO DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL

Editor:

Agustín Squella

Asistentes del Editor:

Aldo Valle, Joaquín García-Huidobro y Claudio Oliva

Comité Consultivo:

Albert Calsamiglia (†) (Barcelona), Elías Díaz (Madrid),
Enrico Pattaro (Bologna), Miguel Reale (†) (Sao Paulo),
y Rolando Tamayo (Ciudad de México).

Consejo Editorial:

Antonio Bascuñán, Enrique Barros, José Joaquín
Brunner, Humberto Giannini, Alfonso Gómez-Lobo,
Jorge Iván Hübner y Máximo Pacheco.

ANUARIO DE FILOSOFÍA
JURÍDICA Y SOCIAL
2006

SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFÍA
JURÍDICA Y SOCIAL

ANUARIO DE FILOSOFÍA JURÍDICA Y SOCIAL N° 24
2006

Esta obra ha sido impresa con la colaboración de las Facultades de Derecho de las Universidades Adolfo Ibáñez, Católica del Norte, Católica de Temuco, Católica de Valparaíso, Católica de la Santísima Concepción, de Concepción, de Los Andes, de Chile, Diego Portales, y del Mar. Especial mención cabe hacer a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso, en cuyo taller de imprenta, "Edeval" se llevó a cabo la impresión de este volumen.

©

Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social

I.S.S.N. — 0716 — 7881

Diseño Gráfico: Allan Browne Escobar

Impreso en EDEVAL
Errázuriz 2120 - Valparaíso
E-mail: edeval@uv.cl

ANUARIO DE FILOSOFÍA JURÍDICA Y SOCIAL

2006

PONENCIAS EN
SANTIAGO I

SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFÍA JURÍDICA Y SOCIAL



SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFÍA
JURÍDICA Y SOCIAL

DIRECTORIO
(2005 - 2007)

Fernando Atria, Antonio Bascuñán Valdés,
Rodrigo Coloma, Jesús Escandón Alomar, Joaquín
García-Huidobro Correa, Fernando Quintana
Bravo, Pablo Ruiz-Tagle, Agustín Squella Narducci,
y Aldo Valle Acevedo.

La Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social
tiene su domicilio en la ciudad de Valparaíso. La
correspondencia puede ser dirigida a la casilla 3325,
Correo 3, Valparaíso, o al correo electrónico
asquella@vtr.net

PRESENTACIÓN

En 2004, en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, tuvo lugar la Primera Jornada Argentino Chilena de Filosofía Jurídica y Social, en la que participaron ponentes de ambos países. Dos años más tarde, en 2006, con el auspicio de la Vicerrectoría Académica de la Universidad Diego Portales y de la Facultad de Derecho de esa misma universidad, tuvo lugar la Segunda Jornada Chileno Argentina de Filosofía del Derecho y Filosofía Social. Este número 24 del *Anuario de Filosofía Jurídica y Social*, correspondiente a 2006, reproduce la ponencia inaugural de la Jornada de 2006, a cargo de Ernesto Garzón Valdés, y las 12 ponencias hechas en sesiones plenarias. Incluye también las palabras que Miguel Orellana Benado, Pablo Ruiz-Tagle y Agustín Squella dijeron en la ceremonia de clausura de la Jornada, momento en que la Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social materializó el reconocimiento como Socios Honorarios a Roberto Torretti, Carla Cordua y Ricardo Guibourg.

De las ponencias presentadas en las sesiones plenarias no se incluye aquí la de Fernando Atria, la cual, con una mayor extensión y en forma de libro, fue publicada en 2007 ("Mercado y ciudadanía en la educación", Flandes Indiano, Santiago).

Al final de este número 24 se incluyen las nuevas normas editoriales de nuestra publicación, las cuales regirán a partir del número 26, correspondiente a 2008.

En cuanto al número 25, correspondiente a 2007 y que aparecerá a comienzos de 2008, incluirá las 27 ponencias hechas en sesiones de comisiones de la mencionada Segunda Jornada Chileno Argentina de

las pretensiones y relaciones jurídicas, la jurisprudencia, el trasfondo teleológico del sistema, la cultura jurídica interna. Es decir, la totalidad de la realidad institucionalmente existente, según la idea del positivismo jurídico neoinstitucionalista.

HOMENAJES

**"UNA CURIOSIDAD BENÉVOLA, PERO IRÓNICA"
PALABRAS DE RECIBIMIENTO A
ROBERTO TORRETTI EDWARDS**

M. E. ORELLANA BENADO,
D. PHIL (OXON.); B. SC. (LONDON.)
DE LA SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFÍA JURÍDICA Y SOCIAL
Y DEL DEPARTAMENTO DE CIENCIAS DEL DERECHO,
FACULTAD DE DERECHO, UNIVERSIDAD DE CHILE

Señoras y señores:

En presencia de tantos y tan distinguidos abogados, profesores y filósofos del derecho es prudente extremar el cuidado en el uso de las palabras. Todo lo que diga podrá ser usado en mi contra... Por esta razón comenzaré diciendo que el filósofo chileno-estadounidense o, si se lo prefiere, chileno-puertorriqueño de mejor reputación internacional en la segunda mitad del siglo XX, descripción definida con la cual me refiero al profesor Roberto Torretti, enfrenta hoy una situación comparable a la que, guardando las proporciones, tuvo que encarar en su momento Gabriela Mistral. Luego de que la Academia Sueca le concediera el Nóbel en literatura, como es bien sabido, la poeta tuvo que esperar seis años hasta que le fuera adjudicado en Chile el correspondiente premio nacional.

El acuerdo del Directorio de la Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social que incorpora al profesor Torretti como socio honorario lo pone en una posición análoga. Porque también lo alcanza cuando ya

ha recibido múltiples y solemnes demostraciones de estima y reconocimiento intelectual por parte de eximios eruditos y de prestigiosas instituciones extranjeras. Hasta donde sé, éste es el primer reconocimiento que recibe en Chile. Por lo menos de carácter institucional. Preciso este punto porque él ya recibió en su país de origen un elocuente homenaje anterior, aunque de carácter individual, la feliz ocurrencia de un académico chileno, a quien pudiéramos llamar sin ánimo de ofenderlo, su Boswell o, si se lo prefiere, su Eckermann jacobino. A saber, grabar una serie de conversaciones con él y publicarlas en un volumen presentado este año de 2006 por la editorial de la Universidad Diego Portales, casa que también acoge, y de manera tan generosa, estas segundas jornadas chileno argentinas de filosofía del derecho y filosofía social, las cuales hoy culminan con la incorporación de los nuevos socios honorarios de la sociedad antes nombrada (Eduardo Carrasco. *En el cielo sólo las estrellas. Conversaciones con Roberto Torretti*. Ediciones Universidad Diego Portales: Santiago de Chile 2006).

Agradezco al Directorio el haberme confiado estas palabras de recibimiento y me apresuro a dar a Roberto la más cordial bienvenida, en nombre de todos nosotros, los presentes y también, como diría el ensayista búlgaro avicinado en París, Tzetan Todorov, en nombre de "los otros"; es decir, de los muchos colegas y amigos suyos en este y otros países que hubieran querido pero no han podido acompañarnos hoy por diversos motivos. Como verá a continuación, mi estimado Roberto, hay algo peor que "el pago de Chile"... ¡Que es cuando Chile sí se acuerda! Porque, me atrevo a vaticinarlo, éste no será el último reconocimiento institucional que reciba en Chile.

Torretti es enemigo acérrimo de toda reducción y de toda explicación "unidimensional", la expresión es de su ilustre predecesor como alumno de Friburgo, el judío alemán naturalizado estadounidense Herbert Marcuse. Intentaré en lo que sigue dar sólo algunos fogonazos para iluminar aspectos, momentos y fragmentos de su obra y ubicar el contexto de la distinguida trayectoria que, en la culminación de su carrera, lo obliga a tener que soportar los homenajes. Como bien han aprendido varios de los presentes en carne propia, en más de un sentido la vida académica es una "humillación ascendente", feroz imagen propuesta, me parece recordar, por el escritor mexicano Carlos

Monsiváis para aquella asociada con la política partidista. Mis palabras habrán cumplido su propósito si alegran al nuevo socio honorario. Si, además, animan a maestros y discípulos que aún no conozcan su obra a acudir a sus libros y formarse una opinión propia sobre esa base, el tiempo dedicado a su redacción habrá estado más que bien invertido.

En las mencionadas conversaciones Torretti sostuvo, tal vez queriendo hacer eco de Aristóteles, que la suya fue una vida "mediocre, pero afortunada" en la cual no creía haber hecho aportes originales a la filosofía. Sin embargo, sus historias del conocimiento humano son reconocidas y valoradas, como aquellas sobre la geometría (*Philosophy of Geometry from Riemann to Poincaré*. Reidel: Dordrecht 1978; sobre la física (*The philosophy of physics*. Cambridge University Press: Cambridge 1999); sobre la matemática y teoría de conjuntos (*El Paraíso de Cantor. La tradición conjuntista en la filosofía matemática*. Editorial Universitaria: Santiago de Chile 1998); así como sobre la lógica y filosofía de las ciencias (*Diccionario de lógica y filosofía de la ciencia*. Alianza: Madrid 2002, con Jesús Mosterín). Todos estos trabajos, y tantos otros salidos de su pluma, son dignos de ser admirados por varias razones: su erudición, rigor y la apertura de criterio que revelan así como por su humor irónico, cualidad que adorna el pensamiento de muchas grandes figuras de la tradición intelectual occidental a la cual pertenece Torretti: como Wittgenstein, Hume, Descartes o Galileo en la modernidad y una distinguida lista que se extiende hasta el mismo Sócrates en la antigüedad (véase, entre otros, Roberto Torretti. *Estudios filosóficos 1957 - 1987*. Ediciones Universidad Diego Portales: Santiago de Chile 2006).

Veamos algo sobre los inicios de su carrera académica, hace casi medio siglo. Por aquel entonces Torretti había regresado a Chile luego de obtener su doctorado en la Universidad de Friburgo con una tesis sobre Fichte, trayendo consigo parte del manuscrito que más tarde se convirtió en su libro sobre Kant. Estamos a mediados de los sesenta del siglo pasado y habla Raúl Morodo, distinguido catedrático español, político, diplomático, y gran amigo del exilio chileno que siguió al derrocamiento del presidente Allende en 1973, quien describe la unidad académica que lo acoge durante su primera visita a Chile en marzo de 1965, el Centro de Estudios Humanísticos de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas en la Universidad de Chile:

Todo el mundo se trataba de usted, muy frecuente en Chile, pero por el nombre de pila – con esa actitud lejana muy propia de la clase alta chilena de entonces...

La cita proviene del primer volumen de sus memorias (*Atando cabos. Memorias de un conspirador moderado*. Taurus: Madrid 2001). Aparece en ellas primero Carla Cordua, la principal filósofa chilena del siglo XX, y mujer de Torretti, con quien años más tarde publicaría *Variedad en la Razón. Ensayos sobre Kant* (Editorial de la Universidad de Puerto Rico: Río Piedras, Puerto Rico 1992). Ambos habían sido traídos por el entonces decano, el ingeniero Enrique D'Etigny Lyon, en enero de 1964, desde la Universidad de Concepción y hasta la avenida Manuel Blanco Encalada en Santiago para integrar el nuevo centro, del cual Torretti fue director fundador, tarea en la cual ya lo había sucedido Cordua.

De manera amistosa, Morodo consigna la personalidad y forma de trabajar del nuevo socio honorario, identificando lo que entonces ocupaba el foco tan penetrante como delimitado de su interés:

...Roberto se dividía entre Kant y lo demás, y a esto último –por supuesto no prioritario– lo contemplaba con curiosidad benévola, casi infantil. Siempre tranquilo y risueño, con gran inteligencia y grandullón, la tolerancia y la lucidez conformaban su personalidad...

Para reconocer de manera cabal a Torretti en las palabras anteriores, me atrevo a conjeturarlo, solo habría que modificar el comienzo, que debiera rezar: "Roberto se dividía entre Carla y lo demás...".

Con ese libro, *Manuel Kant. Estudio sobre los fundamentos de la filosofía crítica*, empezado en Bonn, terminado y publicado por primera vez en 1967 en Santiago de Chile, Torretti lleva hasta las alturas su carrera académica (la tercera edición, con el mismo título, apareció en 2005 en Ediciones Universidad Diego Portales). Su *Manuel Kant* ("El pueblo lo llama 'Manuel'" me respondió cuando le sugerí que en la más reciente edición de esa obra cambiara a "Immanuel" en el título) nada tiene que

envidiar ni al *Kant's Analytic* de Jonathan Bennett ni tampoco a *The Bounds of Sense. An Essay on Kant's "Critique of Pure Reason"* de P. F. Strawson, obras publicadas con algunos meses de anticipación y que orientaron la discusión filosófica internacional durante el resto del siglo XX. Excepto, claro está y es de lamentar, en términos de su repercusión en el mundo anglo lector, que nunca llegó a conocerlo por la simple razón de que nunca fuera traducido a la principal lengua académica de los siglos XX y XXI.

He aquí un mentís para quienes, sumidos en la siesta dogmática, la hipocresía o la ignorancia, persisten en concebir y presentar la filosofía solo en términos de su dimensión conceptual; es decir, en una primera aproximación, en términos de sus temas, problemas, preguntas, vocabulario y métodos. Porque al igual que muchas otras actividades humanas, la filosófica también tiene además dimensiones institucionales (por ejemplo, los distintos centros en los cuales se forman los filósofos y el canon de autores que en cada uno de ellos se privilegia, las redes que desde allí integran, sus fuentes de financiamiento y las lenguas en las cuales difunden su pensamiento) y políticas (las alianzas y rivalidades entre proponentes de distintas concepciones de la filosofía o posiciones respecto de sus problemas, tanto dentro de ese campo disciplinario como entre quienes practican otras actividades artísticas, bélicas, comerciales, financieras o de política partidista). Desconocer las dimensiones institucionales y políticas de la filosofía dificulta la comprensión cabal de su desarrollo histórico, como el caso del *Kant* de Torretti ilustra de manera tan clara como triste. Buenos y malos argumentos pueden ser el punto de partida en el estudio de la filosofía, pero de ninguna manera agotan su realidad.

El mencionado estudio constituyó para Torretti una sublime puerta de entrada al campo que ha cultivado desde entonces, la historia y filosofía de las ciencias, una provincia peculiar de esa gran aventura de la creatividad humana que es la literatura. En términos de su ocupación así entendida encontramos aquí un segundo paralelo entre el nuevo socio honorario y la Mistral. Porque como ella, Torretti es también y ante todo, un escritor, un autor cuyo género es la literatura erudita acerca de asuntos, problemas, temas y modelos relacionados con las historias del conocimiento. Su objeto de estudio son los

conceptos surgidos en los intentos de promover nuestro entendimiento del mundo en que vivimos y que se asocian con las ciencias modernas. En particular, aquellas de las historias de la matemática, la física y la geometría de los últimos tres siglos y medio, aventuras éstas que lo han obligado a ocuparse también de sus respectivas filosofías.

Entre quienes han perdido la capacidad de reconocer como literatura aquellos textos en los cuales el papel de la ficción, la imaginación o la creatividad no se encuentra en la superficie, como en la trama de un cuento o en una novela, esta tesis causará tisa, escozor o incomodidad. A tales personas y desde el contexto de unas jornadas chileno argentinas de filosofía del derecho y filosofía social, no estará demás recordarles la sospecha del gran rioplatense que alcanzó reconocimiento universal en las letras, Jorge Luis Borges, según la cual la teología y la filosofía mismas, a fin de cuentas, pudieran ser solo variantes de la literatura fantástica. De ahí también que en alguna antigua universidad inglesa, el estudio y cultivo de la filosofía haya correspondido a la Facultad de *Literae Humaniores* (es decir, aquella en la cual se estudian las letras *más humanas*) y, también, que entre personas con educación formal en inglés el término "humanities" haya sido de uso corriente. Tal es la fuente de la cual Andrés Bello tomó tanto el sustantivo plural "humanidades" (que aún hoy el Diccionario solo recoge en la octava y última acepción de "humanidad" y conduciéndonos a la voz "letras humanas") como el adjetivo "humanístico", los cuales fueron introducidos por él y desde Chile al castellano del siglo XIX.

En fin, dejemos hasta aquí la defensa del carácter literario de su obra y entremos ahora al asunto, tan chileno por lo demás, de "ubicar" al profesor Torretti en el campo a cuyo cultivo ha dedicado su esfuerzo más sostenido, la historia y filosofía de las ciencias. ¿Cuántas personas se dedican a él en el mundo? No lo sé con exactitud. El resultado, por cierto, dependerá de cómo volvamos operacional la noción de "dedicarse" a estos temas. ¿Bastará con haber dictado un curso sobre ellos? ¿Acaso pediremos también publicaciones antes de reconocer a un académico como miembro de este club? Y, en tal caso, ¿bastará con artículos o pediremos acaso también libros?

Aún en un entendimiento restrictivo de los términos, estamos hablando, supongo, de varios centenares de académicos repartidos en

las muchas universidades dignas de ese nombre que hoy existen en el mundo. Me atrevo a decir, esto es, no temo ser refutado por personas más idóneas para pronunciarse sobre este punto, que Torretti está en la primera docena de autores en su campo. Y que, en castellano por lo menos, como lo reconocen eruditos europeos de primer orden, no tiene rivales en su generación. Su fama, como podríamos decir con la fórmula de su admirado Leibniz, es un *phaenomenon bene fundatum* (un fenómeno que está bien fundado).

La estatura de un erudito, claro está, no se mide por el número de volúmenes vendidos, ni por su posicionamiento en los medios de comunicación. Éste no aspira a convertirse en un líder de opinión, ni tampoco en gurú de nadie. Su estatura se mide por la calidad y no la cantidad de su público lector así como por la intensidad del respeto que en esos pocos inspira su trabajo.

Otra dimensión que avala la reputación de Torretti es la frecuencia con la cual, a lo largo de su carrera, ha sido consultado por las más prestigiosas instituciones del mundo occidental, entre otras la Fundación Guggenheim, antes de decidir respecto de qué investigadores y qué proyectos respaldar (esto es, su influencia en las dimensiones institucionales y políticas de las tareas intelectuales).

Todos los anteriores son, por cierto, criterios aún de aplicación incierta en el medio académico chileno. Entre nosotros son todavía muchas las personas se permiten ventilar por escrito sus opiniones personales respecto de temas acerca de los cuales se publica de manera copiosa saltándose tales antecedentes de forma olímpica. Como nos enseñó en el siglo XVIII el obispo irlandés Berkeley, "*few men think, yet all will have opinions*" (pocas personas piensan, pero todas tienen opiniones).

Ahora bien, propongo detenerme en algunos rasgos de la personalidad de Torretti que me parecen dignos de mención, en especial teniendo presente a los jóvenes que intentan dedicarse con seriedad a estos asuntos. Aunque tengo claro, me apresuro a agregarlo, que el kantiano que hay en Torretti negará que valga la pena hacerlo porque no corresponde a nadie ser ejemplo de conducta para otros. El primero de estos rasgos es la serenidad, constancia de propósito y seriedad con la cual a lo largo de su vida y desde muy temprano se convirtió en su

propio maestro. Se hizo cargo de su propia formación y la llevó mucho más allá de lo recibido, que no fue poco, primero en su colegio en Santiago, The Grange School (donde fue compañero de curso y amigo del escritor mexicano Carlos Fuentes), luego en la Universidad de Chile, de cuya Escuela de Derecho egresó con las más altas calificaciones, y donde estudió también filosofía y, por último, en la Universidad de Friburgo.

Con independencia de sus estudios formales, y ya trabajando como profesor en las universidades de Concepción, de Chile y de Puerto Rico continuó sus incursiones en el estudio y aprendizaje autodidacta en campos los más diversos. Se enseñó a sí mismo lenguas muertas, como el griego y el latín, así como lenguas vivas, como el alemán y el francés, amén del inglés que aprendió en su colegio. Sin otra guía que la de su propio entendimiento y libros de calidad, cubrió el contenido e historia de disciplinas enteras como la lógica, la geometría, la matemática y la física, siguiendo el razonamiento en muchos de sus asuntos hasta las elaboraciones más recientes y abstractas.

Digna de ser destacada es, por último, su disposición a trabajar siempre con fuentes primarias, y no apoyándose en obras de divulgación, llegando a conocer, por ejemplo, a Aristóteles en griego, a Leibniz y Newton en latín y a Kant en alemán. En esta metodología de trabajo, clave en la elaboración de toda prosa académica con pretensiones de erudición, Torretti fue entre los académicos nacidos en Chile y dedicados a la filosofía, un pionero.

Ahora bien, respecto de su contexto, su trabajo tiene por marco de fondo y punto de partida el colapso del empirismo lógico del Círculo de Viena, tal vez el más riguroso intento de demostrar que la capacidad de conocer, que ejemplificaría de forma diáfana la ciencia moderna, yace al centro de la única explicación completa y unificada del mundo humano. Es decir, la formulación más reciente de lo que, teniendo presente el riesgo de la grandilocuencia, pudiéramos denominar "el proyecto intelectual de Occidente". A saber, aquel surgido de la fusión a manos de autores musulmanes y cristianos de las vertientes diversas y contrapuestas que están asociadas con la explicación del mundo humano, por un lado, con el monoteísmo hebreo y, por el otro, con el politeísmo helénico. Aunque, claro está, en la versión secularizada que ofreció el

empirismo lógico del primer tercio del siglo XX el lugar central antes ocupado por la Única Divinidad en la explicación del mundo en que vivimos corresponde ahora a la física, el lenguaje básico al cual, a su debido momento, se reducirán todos los demás lenguajes científicos.

Desde el comienzo de su interés en las ciencias reales y concretas de los últimos tres siglos y medio, Torretti tuvo presente tanto el colapso de la versión empirista lógica del cientificismo como el mérito, digamos ético, asociado con tal propuesta. Porque la refutación de la línea de investigación propuesta por el Círculo de Viena se debió a la honestidad y rigurosidad de su compromiso intelectual. Esos filósofos formularon su proyecto con claridad suficiente como para darse cuenta ellos mismos de que habían fracasado una vez que su propuesta se hundió.

La larga y distinguida lista de ataques al principio de verificación, el corazón metodológico de su propuesta, la encabezó Isaiah Berlin, figura asociada en sus inicios con el grupo que más tarde fuera conocido como Escuela de Oxford y, a continuación, con la concepción histórica al interior de la tradición analítica en filosofía. Fue Berlin quien primero refutó las versiones tempranas del mencionado principio que ofreció en 1936 el inglés A. J. Ayer en *Language, Truth and Logic*, la obra que más hizo por difundir la propuesta vienesa en la primera mitad del siglo XX, iniciando un asaltó que culminó con la estocada final de Alonzo Church.

He aquí, entonces, un mínimo ético impuesto a la discusión filosófica en adelante y que Torretti recoge. Argumente lo que quiera, pero intente describir también las condiciones en las cuales consideraría su propuesta refutada. He aquí una lección para la filosofía de la ciencia moderna, y la historia de su filosofía.

La tesis empirista lógica, heredera de una versión ya formulada por el filósofo francés Comte en el siglo XIX sobre la unidad de la ciencia, nunca contó con las simpatías de Torretti, quien nos insta en cambio a hablar de *ciencias* en plural. También rechaza la opción fundacionista o, como podía decirse en estas discusiones hasta hace unos años sin que nadie levantara una ceja, "fundamentalista". Su interés en la geometría, la lógica y la matemática no se ve a sí mismo como un interés en los fundamentos de la física, a la cual tampoco considera fundamento de otras ciencias como pudiera ser, por ejemplo, la biología.

Sus sugerentes propuestas acerca de lo que en castellano hubiera denominado, según cuenta en una de las mencionadas conversaciones, "inventar para entender", son la parte de su pensamiento para la cual la falta de eco ha resultado más amarga para el profesor Torretti. Esta última es la tesis que da título a su libro sobre la física de siglo XX y el surgimiento de sus conceptos (*Creative Understanding. Philosophical reflections on physics*. Chicago University Press: Chicago 1990). Los conceptos físicos serían "creaciones libres" del espíritu humano, como lo sostuvo Einstein, siguiendo una posición que tiene ilustres antecedentes que, acercándonos al término de esta laudatoria, vale la pena precisar.

Para comenzar, la posición de Torretti tiene su antepasado inmediato en la síntesis de los conceptos puros del entendimiento y las intuiciones de la sensibilidad que hizo Kant en el siglo XVIII pero, en realidad, su ancestro más remoto es Leibniz en el siglo XVII. Para este último la búsqueda de un arte de la invención constituyó el punto de partida que lo llevó a algunos de sus más fructíferos resultados en ciencias. La propuesta que Torretti hace acerca de la creatividad humana como base del conocimiento muestra el vínculo genealógico que su obra tiene con la de su querido Leibniz.

Para concluir, destacaré que desde su regreso a Chile de la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras en el último lustro del siglo XX, Torretti ha cultivado también el género ensayístico en su modalidad más radical y efímera, las mal llamadas "cartas al Director". En esas "preciosas pildoritas verbales", imagen que tomo prestada del crítico literario chileno Marcelo Maturana, el talante irónico de su genio suele revelarse con mordacidad. Su blanco favorito es el sentido común de esas personas que, queriendo ser buenas personas, defienden lo que Torretti considera son los intentos extemporáneos de normar la vida que los chilenos compartimos a la luz de las enseñanzas de la Iglesia Católica Apostólica Romana. Sin buscarlo, Torretti se ha hecho aquí de otro público, también selecto, que disfruta o se enfurece con su ironía.

En suma, con su vida el nuevo socio honorario de la Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social ha ejemplificado una tesis anunciada al inicio de la modernidad por el gran Gibbon y en la cual lo precedió la Mistral: "*Every man who rises above the common level has received two educations:*

the first from his teachers; the second, more personal and important, from himself" (toda persona que se levanta sobre el nivel común ha recibido dos educaciones: la primera, de sus maestros; la segunda, más personal e importante, de sí mismo). Muchas gracias.